

Reflexiones en torno a un documental histórico: Francisco Boix, fotógrafo en el infierno¹

Alicia Alted Vigil

La historia de un país es la historia de su memoria colectiva conservada en múltiples, incompletos y caleidoscópicos fragmentos que los historiadores, detectives rastreadores de indicios, tratan de descubrir y comprender a través de unos mecanismos lógicos que permitan reconstruir lo que fue y ya no es. Pero en ese empeño de aprehender lo que se fue, el azar juega un papel esencial; un azar determinado, condicionado, que, en el proceso de búsqueda, nos pone en contacto con unas fuentes que posibilitarán esa reconstrucción siempre parcial, aproximada y por ende provisional. En ese quehacer el historiador arrastra un aforismo que frecuentemente se ve en películas, novelas...: “cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia”, casualidad que obliga a un continuado ejercicio de explicación y revisión.

Todo documento u objeto de un tiempo pasado es susceptible de convertirse en fuente al toparse un historiador con él e interrogarlo con acierto. También quien está creando una fuente puede ser consciente o no de ese proceso. En este sentido y teniendo como referente el documental, nos podemos preguntar porqué Francisco Boix decidió conservar las “fotos de los horrores” del campo de exterminio de Mauthausen (Austria), unas fotografías hechas por los propios S.S. ¿Era porque las mismas, si sobrevivía, contribuirían a prestigiarle como fotógrafo?, ¿pensaba, dado su compromiso político, que podían constituirse en un futuro en pruebas acusatorias fehacientes de las atrocidades que se estaban cometiendo?, ¿tenía conciencia de su valor como fuente histórica?.

Quizás podamos intuir algunas respuestas si conocemos la historia de su vida, tal y como se ha recuperado ahora en un documental difundido en España por la cadena de televisión Canal + en mayo del año 2000. Quienes trabajaron en su realización, en especial su director y guionista, Llorenç Soler, el historiador encargado de la investigación histórica, Benito

¹ *Francisco Boix, un fotógrafo en el infierno*, 55 minutos, España, año 2000. Producción de Área de Televisión y Canal + España. Realización de Llorenç Soler. Investigación histórica de Benito Bermejo

Bermejo y el productor que hizo posible el proyecto, Oriol Porta; inciden en lo poco que se conocía la figura de Francisco Boix. No aparecía mencionado en los libros de historia centrados en los años de la segunda guerra mundial ni en los que se ocupaban del exilio español de 1939 y apenas pervivía en la memoria verbal o escrita de los protagonistas de aquellos acontecimientos y, sin embargo, Boix fue el único español que declaró en el tribunal internacional militar constituido en Nuremberg, en octubre de 1945, a instancias de la acusación francesa que le pidió se personase en calidad de testigo de cargo. En el documental vemos las imágenes del momento de su declaración, valiosa fuente que nos trae al presente unos momentos fundidos del pasado.

En el documental se entrelazan las tomas de lugares con el material fílmico de época y las fotografías y los testimonios de supervivientes que conocieron a Boix. Estos últimos, más allá de las paradojas, contradicciones y olvidos de la memoria, retratan su perfil. Joven inquieto, vivaz, rebelde, comprometido, imaginativo, fantasioso, divertido, dinámico..., con una sonrisa infantil, algo irónica, en los labios si se le contempla en las fotografías que él mismo pidió que le hicieran.

Boix había nacido en un barrio popular de Barcelona en 1920. Su padre, sastre y de ideas izquierdistas, le inculcó la afición por la fotografía. Al iniciarse la guerra y afiliado a las juventudes comunistas, colaboró en su portavoz diario *Juliol*. En 1937 marchaba al frente. A principios de 1939 y tras la caída del frente catalán, siguió la suerte del casi medio millón de españoles forzados a pasar de forma precipitada la frontera con Francia. La invasión alemana de Francia le sorprendió en los Vosgos encuadrado en una Compañía de Trabajadores Extranjeros. Al igual que muchos otros españoles en similares condiciones, fue hecho prisionero de los alemanes y enviado a un “Stalag”. En las mismas fechas (¿casualidad?) de la entrevista de Hitler con el ministro del Interior español, Ramón Serrano Suñer, en septiembre de 1940, los republicanos españoles pasaron de ser prisioneros de guerra a prisioneros políticos y dado que el gobierno español se desinteresó de su suerte, el gobierno alemán los envió al campo de Mauthausen. Francisco Boix fue uno de los más de 7.000 españoles que fueron a parar a ese campo. Entró en enero de 1941 y le fue asignado el número 5.185. Durante su estancia en el “Stalag” había aprendido un poco de alemán lo que le permitió hacer de intérprete en los primeros momentos. Su condición de fotógrafo posibilitó que le destinaran en 1943 al Servicio de Identificación del campo donde también se encontraba otro español, Antonio García. Allí ayudaban a los alemanes a revelar unas fotografías que en muchos casos eran consideradas como auténticos trofeos de caza por los S.S.

Antes Boix había sobrevivido a la durísima prueba de construcción del campo trabajando en una cantera próxima unida a aquél por una escalera de 186 escalones, bajo cada uno de los cuales se decía que había la sangre de un español. También desde un principio se unió al movimiento de resistencia organizado por los comunistas con el objeto de salvar al mayor número posible de españoles. Para ello había que actuar de diversas formas, una de ellas era desplazando de puestos de responsabilidad a los presos comunes, crueles y obedientes capataces de los nazis, otra, colaborando en los servicios administrativos del campo. Esto es lo



Himmler visitando Mauthausen, junto al comandante del campo (Foto de las S.S. colección Francisco Boix)

que hizo Boix quien, en un determinado momento, expuso a sus compañeros de la resistencia la conveniencia de quedarse con los negativos de las fotos que se revelaban, a lo que se le contestó positivamente. Cuando se empezó a entrever la derrota de los alemanes, se pensó en sacar las fotos y los negativos del campo mediante una compleja operación secreta en la que intervinieron jóvenes de entre 14 y 18 años, hijos de republicanos españoles, que trabajaban en el exterior del campo, en una cantera propiedad de la firma “Poschacher”, que dio nombre a este grupo de muchachos. Una alemana del pueblo, la señora Pointner guardó esas fotos bajo un bloque de piedra de su jardín.

A primeros de mayo de 1945 caía Berlín y se suicidaba Hitler. Esto supuso el fin del régimen nazi y en este caso la huída en desbandada de los S.S. que habían custodiado el campo. Entonces el comité internacional de la resistencia del campo, en el que los españoles eran mayoría, se hizo con las armas que abandonaron los alemanes. Francisco Boix se apoderó de una “Leica” y con ella como instrumento de lucha y testigo gráfico, se dedicó a fotografiar los momentos inmediatamente anteriores a la liberación y la llegada de los americanos. Antes de abandonar el campo se retrató, en un “gesto infantil”, con un arma en la mano. A su salida lo primero que hizo fue ir a casa de la señora Pointner a recuperar las fotos y allí mismo positivaría los negativos. En los días que siguieron, continuó su actividad como reportero de la liberación de Mauthausen, las asambleas políticas con sus camaradas españoles, la captura e interrogatorio del comandante del campo, el retorno a Francia...

Pero a los españoles deportados que habían sobrevivido y participado en el movimiento de la resistencia desde su compromiso político, les esperaba una dura prueba a su llegada a Francia en los meses de mayo y junio de 1945. Stalin consideraba que todos aquellos que

estuvieron como prisioneros de los alemanes y habían sobrevivido eran sospechosos de traición y por lo tanto debían ser juzgados y condenados. Muchos tuvieron que demostrar su comportamiento correcto ante sus partidos, los cuales se iban a desinteresar de las posibles pruebas que aquéllos les pudieran aportar sobre la realidad de los campos. Ello no impidió que parte de las fotos se publicasen en la revista parisina *Regards*. La publicación conmocionó a la opinión pública en unos momentos en los que se empezaba a utilizar la amnesia colectiva como forma de superar las barbaries de la guerra. Fue entonces cuando Boix acudió a Nuremberg para testificar contra sus carceleros. Los acusados negaron la veracidad de unas fotos que decían estaban manipuladas, sin embargo, ahí estaban los negativos como prueba irrefutable.

A partir de este momento Boix afianzó su prestigio como reportero gráfico. Entró a trabajar en *L'Humanité* y convertido en “periodista todo terreno” fotografió el París liberado, auténtico hervidero de antifranquismo. En 1948 *L'Humanité* le mandaba a seguir el Tour de Francia, pero antes de que terminara, tuvo que ser trasladado a París gravemente enfermo. Tras una operación, su salud quedó irremisiblemente dañada. El 4 de julio de 1951 moría en un hospital de París. Sus restos reposan en el cementerio de Thiais de esta ciudad.

Esta es la historia que recupera el documental. Una historia contenida en impresiones gráficas, rescatada y reconstruida a través de imágenes. La cadena que lo difundió en España incluyó como pórtico al documental, fragmentos de una entrevista a Jorge Semprún en la que habla de su propia experiencia en el campo de Buchenwald, a la par que nos recuerda como el olvido colectivo y consciente forma parte del mecanismo de las transiciones en un proceso de cambio histórico traumático. Pero el silenciamiento de heridas para facilitar la reconciliación colectiva no puede implicar amnesia. Hay que recordar para que los horrores no vuelvan a repetirse y para rendir homenaje a quienes con su sacrificio y muerte posibilitan la instauración de una sociedad más justa, libre y democrática. Y así no se debe olvidar que estos españoles de Mauthausen contribuyeron con su sangre a crear la Europa democrática de la posguerra y de hoy en día.